

## El café en Colombia: Historia, economía y desafíos contemporáneos

Wilson Vergara

[wivergara@unisalle.edu.co](mailto:wivergara@unisalle.edu.co)

Facultad de Ciencias Agropecuarias  
Universidad de La Salle

El café no es solo un producto agrícola en Colombia, ni tampoco únicamente un bien de exportación que ha impulsado el crecimiento económico del país. Es mucho más que eso: es una fuerza histórica, un tejido social, una identidad cultural y un símbolo de resistencia económica y humana en medio de las transformaciones globales. Desde sus primeras incursiones en el siglo XIX hasta la coyuntura actual marcada por la volatilidad de los mercados internacionales, el cambio climático y nuevas exigencias de sostenibilidad, el café ha sido testigo y motor de profundos cambios sociales, económicos y políticos en Colombia. Su historia es la historia de un modelo productivo que ha transitado desde formas precapitalistas de producción, como la aparcería, hacia una economía globalizada donde las cooperativas, las certificaciones ambientales y los estándares de comercio justo se entrelazan con las dinámicas locales.

Este análisis busca explorar, desde una perspectiva crítica, la evolución del modelo cafetero colombiano, analizando cómo ha respondido a las tensiones estructurales y

coyunturales que han configurado su desarrollo. ¿Cómo ha logrado mantenerse como uno de los pilares económicos del país a pesar de las crisis recurrentes? ¿Qué desafíos enfrenta hoy frente a nuevos paradigmas de producción, comercialización y justicia socioambiental? Para responder a estas preguntas, este análisis plantea un recorrido desde las raíces históricas del sistema cafetero, sus transformaciones internas y externas, y las instituciones que lo han sustentado. Finalmente, se propondrá una reflexión sobre las posibilidades de futuro de un sector que sigue siendo crucial para millones de familias rurales y para la imagen internacional de Colombia.

### El café como eje del desarrollo económico y social

El café no solo fue un motor de crecimiento económico en Colombia, sino también una fuerza transformadora que moldeó las estructuras sociales, la organización territorial y el tejido institucional del país. Desde su consolidación como producto de exportación a mediados del siglo XIX, el café estableció

nuevas dinámicas de producción, propiedad y trabajo que marcaron profundamente el destino nacional. Su expansión territorial fue inseparable de la conformación de nuevas élites económicas, la migración interna y la configuración de relaciones laborales que, en muchos casos, oscilaron entre formas precapitalistas y modelos más modernos de explotación agrícola.

Durante gran parte del siglo XIX y buena parte del XX, la aparcería se mantuvo como uno de los sistemas dominantes en la producción cafetera. Este modelo, caracterizado por la entrega de tierras a campesinos bajo condiciones de dependencia y control por parte de los propietarios, reflejaba una estructura social jerárquica y desigual. Sin embargo, con la expansión del mercado mundial del café y la necesidad de aumentar la productividad para competir globalmente, este sistema fue paulatinamente cediendo espacio a formas más capitalistas de organización agraria. La introducción de tecnologías más eficientes, la acumulación de capital en manos de algunos productores y la mercantilización progresiva del grano fueron factores claves en esta transición. Este proceso no fue lineal ni uniforme: mientras en regiones orientales persistieron estructuras basadas en el control patronal y el trabajo familiar o asalariado, en Occidente — particularmente en Antioquia y el Eje

Cafetero— se desarrollaron unidades productivas más integradas al mercado nacional e internacional.

La importancia socioeconómica del café trascendió la mera producción agrícola. Fue un catalizador del desarrollo regional, impulsando la formación de nuevas localidades, la construcción de infraestructura vial y ferroviaria, y la consolidación de un mercado interno articulado alrededor de la comercialización del grano. El café generó una “demanda derivada” que estimuló sectores como el transporte, la industria y el comercio, integrando así áreas rurales dispersas dentro de una economía nacional emergente. Esta dinamización económica atrajo una importante migración interna, reconfigurando patrones demográficos y fortaleciendo núcleos urbanos en torno a los cuales se desarrollaría más tarde la industrialización del país.

Sin embargo, este proceso no estuvo exento de tensiones. Las desigualdades estructurales en la distribución de la tierra y el ingreso llevaron a conflictos sociales recurrentes, especialmente en zonas donde las élites locales mantenían un control casi absoluto sobre los recursos. En este contexto, el café no solo fue símbolo de progreso, sino también escenario de violencia rural, particularmente durante la década de 1940 y principios de los años 50. Las tensiones partidistas se

entrelazaron con luchas por el acceso a la tierra, dando lugar a una espiral de violencia que afectó profundamente a las comunidades cafeteras. A pesar de ello, estas mismas comunidades resistieron y se organizaron, dejando semillas de asociatividad que más tarde se cristalizarían en cooperativas y movimientos campesinos.

En medio de estos desafíos, la Federación Nacional de Cafeteros (FNC) surgió como una institución clave en la estabilización del sector. Fundada en 1927, la FNC no solo gestionó la comercialización del grano y la defensa del precio internacional, sino que también jugó un papel crucial en la provisión de servicios públicos en zonas rurales, en la investigación agrícola a través de Cenicafé y en la promoción del Café de Colombia en mercados globales. Su accionar institucional fue fundamental para mitigar los efectos de la volatilidad internacional y garantizar cierta estabilidad a los pequeños productores. De esta forma, el café no solo modeló la geografía económica del país, sino que también ayudó a forjar una identidad nacional ligada al campo, al trabajo y a la tradición cultural de una bebida que trascendió lo material para convertirse en símbolo.

### **Crisis y transformaciones del modelo cafetero**

El modelo cafetero colombiano, a pesar de su resiliencia histórica, ha estado sometido a una serie de transformaciones estructurales y coyunturales que han redefinido su viabilidad económica, su sostenibilidad ambiental y su posición en la cadena global de valor del café. Desde mediados del siglo XX, el sistema productivo cafetero ha enfrentado una creciente volatilidad en los precios internacionales, un fenómeno que no solo afecta la rentabilidad de los pequeños productores, sino que también puede desencadenar conflictos sociales y económicos en las zonas rurales. Como lo señalan estudios sobre los choques en los precios de productos básicos y el conflicto civil, las caídas abruptas en los ingresos por exportaciones cafeteras han generado pobreza, migración forzada y malestar social, especialmente en regiones altamente dependientes del cultivo. Esta relación entre inestabilidad económica y tensión política se ha manifestado recurrentemente en Colombia, donde el café ha sido tanto motor de desarrollo como escenario de violencia.

Paralelamente, el sector enfrenta un reto profundo en materia de sostenibilidad ambiental. La expansión histórica del cultivo del café ha estado asociada a procesos de deforestación, contaminación de fuentes

hídricas y degradación del suelo, consecuencias que hoy exigen políticas más rigurosas de manejo ecológico. Diversos documentos de análisis del sector cafetero en Colombia muestran cómo persisten prácticas insostenibles en muchas fincas cafeteras, desde el uso inadecuado de agroquímicos hasta la carencia de sistemas adecuados de tratamiento de residuos. Estos factores no solo amenazan la biodiversidad regional, sino también la viabilidad futura de miles de unidades productivas que dependen de condiciones climáticas y edáficas cada vez más frágiles.

La dinámica global del mercado del café también ha transformado profundamente la cadena de valor, con implicaciones directas para Colombia. En décadas recientes, el aumento de actores transnacionales —compradores, tostadores y minoristas— ha generado nuevas asimetrías de poder, en donde los productores locales tienen menor capacidad de negociación y control sobre los precios. Las nuevas dinámicas de gobernanza de la cadena del café revelan que esta transformación ha llevado a una mayor verticalización del mercado, donde grandes empresas imponen estándares de calidad, certificaciones y condiciones contractuales que, aunque promueven ciertos avances en sostenibilidad, también aumentan la vulnerabilidad de los pequeños caficultores.

Además, la estructura productiva y comercializadora del sector ha experimentado cambios significativos, en donde las formas tradicionales de comercialización se han visto desplazadas por nuevos canales, incluyendo mercados especializados, comercio justo y marcas privadas. Este proceso ha exigido una modernización constante de las cooperativas y organizaciones cafeteras, pero también ha generado tensiones entre los modelos de producción masiva y aquellos orientados hacia nichos de calidad y diferenciación.

Finalmente, el cambio climático representa uno de los mayores riesgos para la continuidad del modelo cafetero tradicional. La creciente imprevisibilidad de las temporadas de cosecha, los efectos de sequías prolongadas y lluvias extremas, y el impacto en la salud de los cultivos, especialmente frente a enfermedades como la roya. Frente a estos desafíos, el país necesita no solo adaptarse técnicamente, sino también repensar las bases institucionales y políticas que sostienen al sector.

### **Perspectivas futuras y conclusiones**

El café ha sido, desde su consolidación como producto de exportación en el siglo XIX, una fuerza motriz que ha configurado no solo la economía colombiana, sino también su tejido social, su geografía humana y su identidad

cultural. A lo largo de más de un siglo, este cultivo ha resistido crisis internacionales, choques climáticos, conflictos sociales y transformaciones estructurales profundas, manteniéndose como uno de los pilares económicos del país. Sin embargo, su supervivencia no debe entenderse como un destino inmutable, sino como el resultado de decisiones institucionales, esfuerzos colectivos y adaptaciones constantes a nuevas realidades globales.

Hoy, el modelo cafetero enfrenta una encrucijada histórica. Por un lado, persisten continuidades notables: la predominancia del pequeño productor, la importancia de las cooperativas y el papel central de la Federación Nacional de Cafeteros como garante de estabilidad. Por otro, se han abierto rupturas significativas: la volatilidad de los precios internacionales, la creciente exigencia de estándares sostenibles, la concentración del poder en manos de actores transnacionales y el impacto del cambio climático sobre las condiciones de producción. Estos factores exigen una redefinición profunda del sistema cafetero, que vaya más allá de ajustes técnicos para abordar transformaciones institucionales, sociales y ambientales.

Una de las propuestas más urgentes es la creación de un nuevo Fondo de Estabilización Cafetero, capaz de absorber los efectos de la

volatilidad internacional mediante reservas construidas en épocas de bonanza. Este instrumento no solo protegería a los pequeños productores frente a caídas abruptas en los ingresos, sino que también fortalecería la capacidad del Estado y del gremio cafetero para planificar políticas anticíclicas con visión de largo plazo. En este sentido, es necesario superar la fragmentación entre actores y articular políticas públicas integradas que aborden simultáneamente la sostenibilidad económica, la equidad social y la protección ambiental.

Pero más allá de las reformas institucionales, el futuro del café en Colombia depende de su capacidad para reinventarse sin perder su esencia. En un contexto internacional donde el mercado impone reglas cada vez más complejas, el Café de Colombia debe afirmar su diferencia no solo en calidad, sino en ética: en justicia distributiva, en inclusión de género, en respeto al medio ambiente y en reconocimiento del valor humano del trabajo campesino. Solo así podrá mantenerse como símbolo de identidad nacional y motor de desarrollo rural en el siglo XXI.